



CUENTOS
DEL PACÍFICO SUR



BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

Nº 51

CUENTOS
DEL
PACÍFICO SUR

por

Yuri Soria-Galvarro

LIBRO FINANCIADO POR EL CONSEJO DE LA CULTURA
FONDO DEL LIBRO, BECA DE CREACIÓN LITERARIA
MODALIDAD CUENTO-2015

*F*ICTICIA

MÉXICO

2015

CUENTOS DEL PACÍFICO SUR

D.R. © Yuri Soria Galvarro

D.R. © Luis Sepúlveda, por el prólogo

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

Primera edición: septiembre 2015

FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la colección: Rodrigo Toledo Crow

Diseño del libro: Armando Hatzacorsian

Cuidado de la edición: Mónica Villa

Magnolia 11, Col. San Angel Inn, C.P. 01060, México, D.F.

www.ficticia.com

libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI

(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor.

ISBN: 978-607-521-061-2

Impreso y hecho en México

CONTENIDO

PRÓLOGO DE LUIS SEPÚLVEDA.....	9
HOMBRE AL AGUA EN LA ISLA WELLINGTON	11
PURGATORIO	17
CONTINUIDAD DE LOS BARES.....	25
LOS CAZADORES.....	39
LA EMBOSCADA.....	45
LA DAMA Y EL CAPITÁN	47
MIEDO PRIMITIVO.....	49
ESPERANDO	53
EL CANSANCIO DE FERRADA	55
MESA LITERARIA	61
SOMBRA	69
COSA DE SUERTE	79

PRÓLOGO

Los cuentos de Yuri Soria-Galvarro están llenos del aire inconfundible del Sur del Mundo. Son un fiel reflejo de la casa-puente de mando que habita frente al Golfo de Reloncaví, ese lugar donde el mundo estalla en miles de islas que salpican el mar, y la tierra firme da paso al territorio de la imaginación llamado Patagonia.

En sus cuentos, que son contados por los protagonistas y el autor es el hombre de oídos atentos a las voces que narran, se huele el aire de mar siempre cambiante, se huele el aroma de leña noble y seca que arde en las chimeneas y salamandras, y que siempre es una invitación para acercarse a cualquiera de esas casas porque la gente tiene tiempo para contar historias y para oír las. Se huele la niebla y el cielo encapotado, la prisa de la gente cuando empieza a soplar el “surazo” y hay que afirmar los cierres de las ventanas, cubrir el forraje de los animales, varar las embarcaciones en las playas de piedras, atar los cabos a la seguridad del muelle o, si no se alcanza a tocar tierra antes del fragor del vendaval, hacerse a la mar para capear lo peor y confiar en la destreza de los hijos del mar.

Los personajes de los cuentos de Yuri Soria-Galvarro comparten recuerdos y vinos sin marcas ni denominaciones de origen, “vinito no más”, del que baja por el buche,

calienta y hace decir: “estuve navegando por dos semanas”, o “no sé por qué, acá no preguntamos sobre las razones de nuestro exilio”, o “al final del verano nos despedimos sin promesas”, o “se han acostumbrado a vivir en el territorio del puma, despertando con el canto del chucao, moviéndose por debajo de las quilas...”, a la manera de los grandes narradores australes como Francisco Coloane, siguiendo con fidelidad extrema la única voz posible para narrar el Sur del Mundo: la voz recia y acostumbrada a nombrar los elementos de la dicha efímera y el desastre omnipresente.

Los cuentos de Yuri Soria-Galvarro no son una invitación a la placidez del sillón “Voltaire”, sino que invitan a abrir la puerta de una taberna de marinos, el Cirus Bar de Puerto Montt, por ejemplo y, una vez libres del abrigo impregnado de lluvia, abrirse paso entre los bomberos que hacen guardia junto a la barra porque el bar es un sitio mucho más humano que el cuartel, entre los parroquianos que beben y miran caer la lluvia más allá de las ventanas, pedir una buena cerveza hecha en casa, y empezar a leer estos cuentos que son como la prolongación misma de las charlas que se dan en ese bar.

He leído estos cuentos que me llevan a ese Sur del Mundo con la misma atención y respeto con que se escuchan las historias contadas por los viejos marinos vagabundos de los canales, que sortean los archipiélagos hasta llegar a la Tierra del Fuego y más allá, hasta el Cabo de Hornos. Sé que al lector y lectora les ocurrirá lo mismo.

Bienvenidos a este libro, a estos cuentos que nos permiten saber que “muchos años atrás en la ensenada más protegida se levantaba un caserío que fue abandonado cuando la bonanza de la pesca terminó y hoy las ruinas han sido embestidas por el bosque...”. Así se narra el Sur del Mundo.

LUIS SEPÚLVEDA

HOMBRE AL AGUA EN LA ISLA WELLINGTON

Estuve navegando por dos semanas y hoy desembarqué; tengo seis días libres. No llevo apuro por llegar a casa y la sed me impulsa a entrar al primer bar que encuentro abierto. El sitio es oscuro y huele a vinagre, la barra es de madera pero las mesas son de plástico, con sillas también plásticas, de playa. Por un momento dudo quedarme pero ya estoy aquí, sólo será un rato.

Le pido una cerveza al cantinero en la barra y prendo un cigarrillo.

—¿Me convida un cigarrito, hermano?

El hombre que me lo pide es un viejo de barba recortada a tijeretazos, llena de hoyos. Lleva un gorro de lana sucio y las manos en los bolsillos de su abrigo. En su cara calcinada resaltan grandes grietas que no sé si son cicatrices o arrugas. Sus ojos miran directo como si llorara sin lágrimas. Le paso el encendido y prendo otro.

—Gracias, ¿en qué barco trabajas?

—¿Cómo sabes que soy marino?

—Tu mirada refleja el océano... Y por la libreta de marino que se te cayó al sacar los cigarros.

La recojo y sonrío. Él también muestra los pocos dientes que le quedan.

—¿Cuál es tu nombre, abuelo?

—Demetrio —dice y mira con obvedad mi cerveza.

—Otra cerveza, maestro.

El cantinero se la sirve al viejo que le da un largo sorbo y me da la impresión que se la acabará de un solo trago.

—Trabajo en El Colono —le digo y devuelve una mirada que me parece de disgusto o sorpresa.

—Buen barco, a pesar de sus años. En otro tiempo yo también fui marino —hace una pausa y termina su cerveza.

Le hago una seña al cantinero y nos trae otras dos cervezas. El viejo me ha caído simpático quizá porque su olor penetrante ahora está un poco disimulado por la cerveza. Se saca el gorro y emerge su pelo amotinado.

—¿El capitán de tu barco sigue siendo Villegas?

—Edmundo Villegas —asiento moviendo la cabeza.

—Ese es hijo del Villegas que era oficial en un barco que yo trabajé. ¿Conoces la historia de su padre?

—No, ¿qué historia?

José Almonacid y Sergio Villegas trabajaron varios años en la misma empresa naviera, aunque hace sólo algunas semanas están juntos en esta embarcación. José es el capitán; Sergio, el primer oficial. En algún tiempo se consideraban amigos; hoy los separa un odio con sabor a mate amargo que mastican lentamente durante los viajes. Nadie sabe el origen del resentimiento pero, se conjetura, podría tratarse de una disputa amorosa o una deuda pendiente, y hay quien asegura que todo surgió después de una noche que salieron a parrandear juntos en Punta Arenas. Ahora, aunque comen en el mismo comedor, no se hablan.

Puerto Edén no es más que una aldea, un accidente improbable en la Isla Wellington. Las casitas de madera y zinc humean día y noche, lanzando delgadas fumarolas que flamean en la misma dirección. El barco anclará en la bahía unas horas para bajar pasajeros y carga. Varios botes

se acercan a vender mariscos y los kawésqar ofrecen artesanías en cuero de lobo marino. Sergio está en la rampa de popa y discute con los boteros.

—¡Apártense, no dejan realizar la maniobra de anclaje!

—¡Tranquilo, hombre! —le replica alguien desde los botes.

—¡Están estorbando, muévanse, no se amarren al barco!

José observa el altercado desde el puente y baja a la rampa. Conoce a varios de los boteros, los saluda y ellos amarran sus lanchas al barco. Sergio, visiblemente molesto, se retira a su camarote.

José se acaricia el bigote y sube a uno de los botes. Le da la mano a Luis Renchi, pregunta por su trabajo y la familia, él contesta con monosílabos. Le compra una malla de cholgas y vuelve a la rampa del barco donde llega Heraldo Silva, el segundo oficial.

—¿Quién es ése?

—Es Luis Renchi, uno de los últimos alacalufes, kawésqar como se llaman ellos mismos.

Los dos se despiden de Luis Renchi con un movimiento de sus brazos y suben a la cubierta principal. El capitán pasa por la cocina y deja la malla de cholgas.

Dos horas más tarde la noche abraza los canales y su aliento congela los esteros y a los habitantes de Puerto Edén. El barco vira lentamente por el cambio de viento que presagia mal tiempo. Los tres oficiales se encuentran en el comedor cenando con la tripulación. José conversa animadamente con Heraldo. Sergio come mirando su plato.

—En este puerto viven como veinte y en Punta Arenas unos pocos más; son lo que queda de los kawésqar —dice José.

—Debe ser triste pertenecer a una raza que se extingue —comenta Heraldo—. ¿Y de qué viven?

—Los kawésqar son navegantes y buzos. Cosechan cholgas, coral rosado que venden a los turistas y, de vez

en cuando, cazan un lobo marino que aprovechan como carne y cuero para artesanías. Igual que hace siglos, aunque ahora ya no son nómadas y viajan en lanchas a motor.

Sergio, que ha estado escuchando, se levanta de su asiento y exclama:

—¡Voy a pedir mi traslado a otro barco!

—Puedes hacer lo que quieras —le contesta José.

—Aunque tenga que renunciar a la empresa, me voy de este barco —dice y empuja al capitán.

José no se puede contener y salta por arriba de la mesa sobre Sergio. Los dos se trenzan en una pelea que bota sillas y platos, se golpean con rabia y calculada malicia. Sin embargo no consiguen dañarse, la tripulación interviene y los separan. Siguen forcejeando sin bríos, agotados por el esfuerzo, como simulando una opereta mal actuada. Cuando las cosas parecen calmadas, Sergio saca un cuchillo e intenta cortar al capitán, pero es reducido por el segundo oficial y los marinos. Finalmente Sergio es empujado hacia afuera y abandona el comedor amenazando a todos.

—Esto es intolerable, deberíamos informar lo que pasó a la Gobernación Marítima, para que desembarquen a Sergio. Hasta le pueden quitar la matrícula.

—No quiero más líos, sólo espero que lo trasladen y no verlo más.

—Está bien, es su decisión capitán, pero yo lo reportaría.

Después de limpiar y ordenar, la tripulación se retira a sus puestos; es hora de zarpar, el tiempo viene malo.

El capitán y Heraldo Silva se dirigen al puente de mando. El barco hace sonar la sirena, levantan anclas y zarpan. Apenas dejan la bahía el viento los golpea fuerte y se desata una lluvia torrencial. El capitán mira su reloj bostezando.

—Esto parece que viene para largo. Voy a dormir un poco y tomaré el segundo turno. ¿Te la puedes solo con el temporal?

«CUENTOS DEL PACÍFICO SUR»

DE YURI SORIA-GALVARRO

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 20 DE SEPTIEMBRE DE 2015 EN LOS
TALLERES DE EDICIONES M Y M, S. DE R. L. DE C. V. CONRADO
PELAYO NÚM. 33 COL. TLÁHUAC, MÉXICO, D.F. C.P. 13200.

EL TIRAJE FUE DE 1000 EJEMPLARES.